

# Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

---

Por **J. Agustín Chaho**

---

Traducido por «**MARTIN DE ANGUIOZAR**»

---

(Continuación)

III

## **EL VIEJO LABURDINO**

El Vasco ejerce noblemente la hospitalidad, sea individualmente, sea como pueblo. La historia ha conservado el recuerdo del asilo acordado por la federación euskariana al celebre Corocota. Los Vascones cispirenaicos sublevaron antaño toda la Aquitania para defender contra Ebroin, alcalde de palacio, a los señores de Neustria y de Borgoña que le habían acogido. Suintila el Grande, uno de los reyes visigodos más ilustres, no encontró en su infortunio otro refugio más seguro que el de los valles de Vasconia, tan cruelmente arrasados por sus armas. Podría citar mil ejemplos conocidos, aunque, más recientes. Esta generosidad del carácter nacional se encuentra en las costumbres familiares del Vasco. Es inaudito que el montañés haya cerrado su puerta al viajero y negado una hospitalidad pedida correctamente. Nada es para sus ideas sagrado como la persona de un huésped, no permitiéndose nunca una curiosidad indiscreta. Desde que os haya dado sitio en el hogar patriarcal y tendido la mano en señal de amistad, cualquiera que fueren los peligros que os amenacen o la enemistad que os persiga, podéis contar al precio de su fortuna y de su vida con la protección inviolable que cree debe-

ros. Pero para ganar la estimación del Vasco, provocar su confianza, excitar su franqueza natural, no hay que decir nada que choque con el sentido profundo del montañés; sobre todo no hay que herir la dignidad de un hombre libre al cual el sentimiento o, si se quiere, el prejuicio de su nobleza original permite raramente ver su igual en un extranjero. Dedico este pequeño párrafo de mi relato a ciertos escritores franceses del Mediodía, detractores de la hospitalidad euskara.

Al golpe del guía en la puerta de la vivienda laburdina, cesó el golpear sobre la retama y un joven aldeano franqueó la entrada. Avance hasta el padre saludándole con un *Gau on Etxeko-Iaona*, o «buenas noches, señor de la casa»; (los jefes de familia reciben todos este título). El anciano me devolvió el saludo y reanudó gravemente su trabajo. Estaba yo demasiado hecho a las maneras euskaras para inquietarme por tal recepción. El Vasco no ha adquirido la prontitud de ingenio y la aparente espontaneidad de cortesía que esconden, bajo rientes manifestaciones externas, indiferencia egoísta e insidiosa falsedad en sus detractores. Todos sus movimientos salen del alma y sus ideas siguen a los hechos exteriores en orden de sucesión poética. Entregado a la realidad del sentimiento y de las emociones, vive, por decirlo así, su vida propia sin experimentar ese vacío profundo que la prodigiosa actividad de una existencia ficticia y de una sociabilidad convencional no sabrían llenar los bárbaros más educados. El Vasco es hombre natural y verdaderamente social. El instinto de la virtud regula su libertad indefinida, y cuantas veces situaciones violentas no han irritado su indomable valor o sublevado terribles pasiones, se muestra en calma, meditabundo, contemplativo.

Encontré natural la conducta del viejo Laburdino y no me cuidé de aparecer sorprendido o impacientado. Me crucé tranquilamente de brazos recorriendo con la vista una bella colección de instrumentos aratorios suspendidos en los muros. Mis observaciones se detuvieron ante el joven aldeano y ante el viejo, quien a su vez lanzaba sobre mí sin volver la cabeza una mirada entrecortada que cualquier extranjero hubiera considerado como amenazante. El fulgor de una antorcha de resina exageraba singularmente la expresión de sus rasgos nublados y hacía resaltar la cara masculina y característica del hijo. La energía en la frente, la negrura de las bien arqueadas cejas y el reflejo de sangre que colorea e inflama la mirada del Vasco, le darían aspecto duro y huraño si la regularidad

en la nariz, la belleza del ángulo facial y el corte ligero de la barba no comunicaran al conjunto de su fisonomía un carácter dominante de nobleza, de franqueza y hasta de jovialidad. La cabeza del Vasco, fuertemente construída, tiene analogía en sus partes superiores con la del águila y la de las aves de presa: ofrece las prominencias que Gall y su continuador Spurzheim han asignado por asiento a los instintos destructores. Los creyentes de la frenología no dejaron de buscar la prueba de esta inclinación al robo que se reprochó a los Laburdinos (1); pero, aparte la autoridad tan sospechosa de las protuberancias, la acusación es gratuita y nada la justifica si no son las antiguas incursiones de los Vascos en la Aquitania. Los Francos, sus enemigos, les miraban como a los más audaces ladrones de toda Europa.

—Hay que convenir en que son Vds. ladrones altivos, —decía un cortesano de la corte de Dagoberto a uno de los Vascos que acudieron hasta Clichy para jurar un tratado de paz con aquel monarca.

—Dices verdad, —le respondió el jefe montañés—, porque. no tememos robar el Bearn, el Bigorre y toda la Novempopulania a tu amo.

Los Euskarianos ejercían sin escrúpulo, a título de, represalias, el derecho de guerra y de conquista aportado del Norte por los Bárbaros.

Tales eran mis pensamientos mientras el Laburdino golpeaba su retama sin romper el silencio y sin ocuparse más que para dirigir un vistazo inquisidor sobre mis botas cubiertas de barro o sobre mi traje medio militar y medio civil. La poca prisa del anciano tenía otro motivo de que yo empecé a darme cuenta cuando oí a su mujer barrer con viveza la cocina, arreglar la vajilla y soplar el fuego. Veía de lejos sus idas y venidas por una puerta en que se detenía furtivamente para examinar al huésped desconocido. En cuanto terminaron los preparativos para una recepción correcta, el Laburdino echó de lado el instrumento de su trabajo y tomó por fin la palabra dirigiéndose al principio a su hijo, como para familiarizarme con el sonido de su voz.

—¡Dominika, da de comer a esas vacas! ¡Qué horrible tiempo hace! ¡Invierno lluvioso deja mala cola! Me parece oír el trueno.... Espero, señor, que no tendrá ganas de salir de mi casa tan de prisa como ha entrado en ella.

—No a fe mía, —repliqué jovialmente—, si le place ofrecirme

un sitio en el hogar para secar mis prendas de vestir y un lecho cualquiera para dormir.

—Pues es lo que vamos a pedir a la señora de la casa, *etchekinderea*, —terminó introduciéndome en la cocina.

Saludé respetuosamente a la *Etchekinderea*, cuya figura agradable conservaba todavía vestigios de antigua belleza. Respondió a mi agur con un gracioso *ongi-etorri*, o «bien venido». El viejo Laburdino supuso tal vez que íbamos demasiado deprisa en nuestro conocimiento y nos recordó gravemente las fórmulas de etiqueta:

—¡Señora!, —exclamó—, ¡he aquí un Suletino que viene a pedirnos hospitalidad para esta noche! ¿Consiente V. en acordársela?

—Será lo que plazca al amo, —repuso con la misma naturalidad, pero más seria que la primera vez.

—En ese caso, señor, tenga la bondad de sentarse—, agregó el viejo Vasco ocupando el sitio del rincón, con el cual no juzgó correcto honrar al joven desconocido.

Yo me preguntaba si la familia laburdina retrataba o no a Filemón y Baucis mejor que a Abraham y Sara. El Laburdino fumaba su pipa en tanto que la Vasca hacía los preparativos de la cena. En cuanto estuvimos en la mesa, me recreé con la limpieza del servicio, la fineza de la ropa blanca, la blancura y ligereza vaporosa del pan, y sobre otros detalles no menos interesantes para mi apetito. Era hallar el flaco de la dueña del alojamiento. Los elogios con que ensalzaba el gusto perfecto de las Vascas, Su amabilidad para hacer los honores de la casa y el aseo proverbial, acabaron de granjearme su benevolencia. Nos servía de pie sin tomar parte en la cena. El Laburdino notó que yo tenía tanto placer en hablar como en comer y no desvió ni un instante la conversación del sesgo que me complacía en darla.

—Sabed, señor Laburdino, que vivo en París desde hace varios años. De todas las cosas de mi país natal, ¿cuál creéis que es la que eché más de menos?..... ¡El agua! ¡Cuántas veces en los cafés espléndidos de la gran ciudad suspiré por la onda viva y fresca de nuestras peñas! Me alteré hasta llegar a la fiebre y soñaba por las noches.

El Laburdino rió a carcajadas mi entusiasmo por el agua de manantial o de torrente.

—Por lo que se refiere al agua, gracias a Dios, —observó—, la nuestra es clara; pero temo que en cambio soñéis esta noche con el vino de Francia, porque el que tengo el honor de ofreceros es malo.

—Sepa que soy un Euskaro de buena cepa, un verdadero Eus-

kariano que observa la ley y no hace ningún uso de ese líquido traidor cuyo exceso embrutece al hombre abreviándole la vida. No bebo nunca vino.

El anciano se quedó perplejo:

—¡Por San Pedro! Haces bien y dices verdad, joven. Vivirás mucho tiempo como nuestros antepasados y no traicionarás tus secretos.

Mientras me hablaba de aquel modo con la brusquedad más amistosa, su mujer ponía el postre sobre la mesa y se sentaba al lado de su esposo, como es costumbre entre nuestros aldeanos.

—Señor Suletino, ved esta buena mujer que habla cuando quiere mejor que un libro, que canta como un serafín y que fue en su tiempo una de las más bonitas jóvenes de todo Laburdi.

El buen Vasco, al hacer así el elogio de su mitad, creyó retrotraerse al tiempo lejano de que hablaba con tanta efusión.

La charla recayó sobre la agricultura y dejé hablar al viejo:

Los Franceses nos reprochan ser atrasados en el gran arte de cultivar la tierra y el estar obstinadamente sujetos a los usos de nuestros antecesores. Estimamos esas costumbres tradicionales, porque son las mejores; pero el Gascón es frívolo y vano en sus palabras y no profundiza la razón de las cosas. Un señor se burlaba un día delante de mí de las pequeñas carretas rechinatoras que empleamos en las montañas y censuraba sus ruedas cortantes y el ruido agudo que provocan. Le dejé decir. ¿Para qué iluminar al tonto sobre un asunto, cuando la ligereza y la falsedad de su espíritu le inducen a error? Me contenté con responder que los carros de nuestros padres eran así y que nosotros no tenemos la pretensión de ser más cuerdos que nuestros progenitores. Aquel Francés consideraba a los Vascos como salvajes. En cuanto a las carretas de que hablaba, sus ruedas son cortantes para poder penetrar profundamente en la tierra arcillosa, circunstancia esta sin la cual resbalarían no sin riesgo sobre las pendientes escarpadas que nos vemos obligados a recorrer. El eje está construído de manera que rinda un chirrido penetrante y continuo a fin de que entre dos boyeros que caminen en sentido contrario sin verse por senderos estrechos y tortuosos, el que asciende se pare para esperar a que el otro descienda y le pase. Estos pequeños vehículos podrán ser tachados de no poseer el mérito de la elegancia y de que el sonido que rinden es desagradable, importuno; pero sus defectos aparentes han sido calculados con buen sentido y reflexión; y lo que es más útil y más conveniente es siempre más perfecto.

—*Zar ele, Zur ele* o «palabra de anciano, palabra de cuerdo,. Cuando el genio de los hombres libres, agudizado por la necesidad, se ha ejercido durante una larga serie de siglos sobre algún objetivo, el círculo de sus descubrimientos no está lejos de quedar cerrado. Aplico esto a la agricultura, que es el más natural y el más respetable de los artes, siendo desde el origen del tiempo la primera ocupación de los patriarcas euskaldunes, como lo prueban los nombres significativos aplicados por nuestros antepasados a los diversos meses del año. Tuve cuidado de tomar estas denominaciones del calendario vasco en dialecto laburdino, —peroré con afán.

—Va para cincuenta años, señor Suletino, que repito esos nombres sin haber puesto atención en su valor expresivo y en la consecuencia que de éste pueda derivarse. Me apercibo que no es V. extraño a la ciencia de los magos, que explica el por qué de cada aserto. Yo, aunque de edad avanzada: he visto poco y he aprendido menos, o *gutxi ikusi, gutxi ikasi*; no obstante, sostengo que los Vascos entienden la agricultura tan bien como cualquier otro pueblo del mundo. La de los Franceses ha sido hasta estos últimos tiempos un trabajo de siervo y esclavo; pero va perfeccionándose cada día. La nuestra llegó desde hace mucho tiempo a un punto en que no podría modificarse sin decaer, porque está perfectamente apropiada a la localidad. La comparación de los instrumentos aratorios es decisiva a nuestro favor, pudiendo los nuestros servir de modelo a los Franceses, si llegaran a conocerlos y a apreciarlos. Un segador vasco hará él solo, desde que sale el sol, más trabajo que cuatro Normandos, ¿Por qué? Porque la guadaña del euskaldun es de estructura más sabia y más ligera. Los Franceses uncen sus bueyes al collar, perdiendo así la mayor parte de la fuerza de este animal, la cual reside en la cabeza y en los músculos del cuello. El yugo de que los Vascos se sirven para fijar un timón muy sencillito, es una pequeña obra de arte. Los bueyes, obligados a bajar la cabeza, tiran con más ardor y menos fatiga. Un niño basta para dirigirlos con un agujijón, haciéndose más recto el surco. No es eso todo: la carreta del Vasco es ligera y la movilidad de la reja del arado, que pasa de derecha a izquierda según la dirección que se desea tomar, permite volver el surco con facilidad; en cambio, en la mayor parte de las provincias francesas el labrador, después de haber trazado su surco de un lado, se ve forzado cada vez a tomar otro nuevo en la extremidad opuesta del campo. He visto en Francia, pues fué soldado del emperador, mil cosas tan torpes como. esa y de las cuales no se dan cuenta.

Causó placer a este digno Vasco cuandos le comunicué que un agrónomo ingles de los más distinguidos llamó a los Euskaros los primeros labradores del Occidente, y le conté la siguiente anécdota:

—Señor, V. y yo acabamos de comer algunos trozos de un pastel de maíz, alimenticio, fresco y agradable al paladar. Debo decirle que hace algunos años una respetable academia de París trataba de averiguar por qué procedimiento químico podría conseguirse la fabricación de un pan de maíz. Todos aquellos sabios consideraban como muy difícil llegar a semejante resultado cuando cierto diputado por los Bajos Pirineos lo supo y se vanaglorió de resolver el problema antes de los quince días. Escribió en seguida a Bayona e hizo le mandaran por la diligencia una soberbia panificación de maíz con peso de treinta libras, la cual fué depositada solemnemente en la secretaría de la academia agrícola. ¡Convocación extraordinaria y exclamaciones de admiración! La sociedad decidió por unanimidad que se concediera una medalla al inventor y que el descubrimiento se publicara en todos los periódicos.

—¡Señores!, —dijo al fin el malicioso diputado—; el apuro o dificultad consiste en saber a quién se ha de conceder la medalla si se tiene en cuenta que durante las tres cuartas partes del año los labriegos de mi departamento se alimentan con este pan, sin que yo pueda precisar desde cuantos siglos lo vienen haciendo .....

La academia, mordiénose los labios con despecho, gustó, no la broma, sino el pan de maíz, reconociendo que era bueno, perfecto. La mistificación o chanza era aún mejor ....

La vieja Vasca, viéndonos entregados a estas disertaciones, se retiró yéndose a preparar mi cama. A su regreso, volvimos a ocupar nuestros sitios alrededor del hogar. Hay una noble costumbre a la cual el Vasco no falta nunca, la cual consiste en invitarnos a su mesa haciéndonos la más generosa acogida antes de inquirir en el motivo que os condujo a su casa. El montañés se entera con placer de las noticias de los países lejanos y considera como buena suerte la llegada de un forastero cuyas interesantes conversaciones cautivarán su velada, pero ejerce demasiado dignamente la hospitalidad para hacerla pagar a sus huéspedes con la confidencia de sus asuntos personales. Algunas cuestiones baladíes habían tan sólo traicionado la curiosidad de la Laburdina para saber con qué fin me hallaba errante durante la noche y tan cerca de la frontera de España. Dije en varias ocasiones que llegaba directamente de París, y esta declaración fué suficiente para hacer conjeturar la verdad. El Laburdino

evitó promover aún indirectamente la confesión que yo creía deber a tan buenas gentes y que no vacilaba en hacer. La Vasca, al saber que en rayando el alba vendría un guía para conducirme al teatro de la guerra, lanzó una exclamación de temor.

—Mujer, —le observó el anciano estoico—, ¿a qué esas muestras de sorpresa? Nuestro huésped no os ha hecho partícipe de sus proyectos para conocer vuestra opinión sobre los mismos. En cuanto a V., —agregó dirigiéndose a mí,— seguid vuestra suerte, porque Os alcanzará en todas partes y no os acacera sino lo que deba ser. Cada cual tiene su hora. He visto más de un campo de batalla, he seguido al emperador a través los hielos de Rusia, y moriré probablemente en el lecho de mi padre y de mi abuelo.

Admiraba yo en boca del Laburdino la expresión poética de su fatalismo religioso. Le veía exaltarse al recuerdo de Napoleón, a cuya inmensa gloria debe Francia el haber subyugado el genio de la nacionalidad euskara. Bajo el techo del montañés se hablará durante mucho tiempo de aquel hombre extraordinario, del mismo modo que se habla aún, después de tanto siglos, de Anibal, de Pompeyo y de Sertorio.

El Laburdino, deseando reparar el apóstrofe un poco duro que dirigió a su esposa, y tal vez deseoso de hacerla brillar en aquel talento gracioso que había ensalzado en ella, la interpeló muy amistosamente con un *¡Etchekanderea!*..... Encendió su pipa viendo que aquel título adulador producía efecto en el amor propio femenino, y terminó su frase como en las *Mil y una noches*:

—Cuenta a nuestro huésped uno de esos *Elezar* que V. relata tan bien.

La palabra *Elezar* se traduce por «vieja palabra» o «viejo relato» y designa las fábulas cosmogónicas de que se compone la literatura tradicional de los montañeses. La Vasca sonrió ante el ruego de su marido y, deteniendo el huso que daba vueltas entre sus dedos, hizo memoria. El «*etxeko-iaun*» continuó :

—Para mí fué siempre muy jocosa la extravagancia de aquel hombre que subía desnudo al tejado de su casa para saltar al patio a enchufarse los calzones que un criado le tendía desde abajo. Me gusta también la historia de aquel hijo de molinero que hizo fortuna vendiendo a los *Tártaros* una hoz, un gato y un gallo. (Los Vascos dan el nombre de *Tártaro* a los Celtas de la primera invasión, designándoles aún por el de *Begibakar*, que equivale perfectamente a Cíclope).

—Todos esos cuentos son muy pueriles, —replicó la Vasca—, y nuestro huésped ha debido leer algunos más interesantes en sus libros.

—Pero no guardan menos sentido profundo, —añadió su esposo—, porque recuerdan que los Euskaldunes, nuestros antecesores, enseñaron a usar calzones a los hombres venidos del Norte así como a batir el trigo, a tener casa y a conocer las horas; y si es que se buscan narraciones más serias, mi mujer las sabe tales que nuestro huésped no leyó nunca más maravillosas: las metamorfosis del *Corcel Blanco* o *Zaldi Txuri*; la fábula de la *Joven* y del *Toro de Oro* o *Urresko Txala*; la del *Huérfano*, la del *Pichón Azul* y la de la *Gran Serpiente* o *Eren Suge*.

—Se olvida de que estas alegorías son muy largas y que nuestro huésped tiene prisa para irse a descansar, —terminó la señora.

Decía la verdad. No me contentaba con guardar un silencio significativo y alcé hacia ella mis ojos fatigados, sonriendo de modo que comprendiera que su observación era exacta. Soltó su rueca y se levantó al punto para encender una vela. Su marido tomó la luz y me condujo a la habitación que se me había preparado. Noté que la buena señora había tenido la pequeña vanidad de poner en mi cama sábanas que no eran las menos hermosas de su lencería, y dije al esposo:

—Las telas más ricas de Holanda no —podrían igualar en fineza a la ropa blanca de mesa y lecho que nuestros compatriotas fabrican en familia, y ello desde la época patriarcal. Los *Tártaros* se enorgullecen de su civilización; pero pasará más de un siglo sin que ese pueblo haya adquirido la armonía de vida social y la elegancia de costumbres que distinguen a mis compatriotas. Conozco una provincia francesa en que los aldeanos se visten con pieles de animales y comen la sopa en cavidades practicadas en sus mesas, teniendo por convidados familiares a sus huéspedes de corral. La cocina se convierte por la noche en dormitorio. El lecho ordinario se compone de un gran armario en que cada cual entra por un agujero para tenderse la paja; de suerte que, si uno u otro se asfixia o se muere, hay que sacarlo por los pies.

—Señor Suletino, a V. le gusta la chanza y veo que habla de los Bretones. Los conozco y son un poco sucios y sarnosos, pero de alma bella. He visto muchos en los ejércitos y he encontrado en ellos lealtad, franqueza y valor. Son los hombres de Francia con los cuales el Vasco simpatiza más y acaso los únicos en quienes busca amistad,

Los Bretones hablan como nosotros un idioma distinto, pero que no ofrece analogía alguna con nuestro *Eskuara*. Se particularmente de un granadero famoso de esa provincia: se llamaba La Tour-D'Auvergne. «¡Quisiera haber nacido Vasco!», decía amenudo. Durante la guerra del 93, Harispe dió las primeras pruebas del valor temerario y de rara sangre fría que distinguen a ese general del emperador. Diez mil cazadores vascos, como los que éramos entonces, serían más formidables para Zumalacarregui que cincuenta regimientos de línea.

—Señor Laburdino, si el gobierno francés, al intervenir contra Zumalacarregui, declarara una guerra de exterminio contra la libertad de nuestra raza, tengo motivos para creer que, en vez de avanzar contra sus hermanos españoles, los Vascos de Francia no se retirarían ante una resolución atrevida, dictada por los intereses de su gloria.

El efecto de estas últimas palabras fué eléctrico en el ánimo del Vasco-Francés. Los recuerdos mágicos de independencia nacional y de los esplendores de la patria, mezclados a mil imágenes confusas de porvenir sangriento y peligroso, se ofrecieron repentinamente a su espíritu despertando como con sobresalto el patriotismo exaltado del montañés. Sus ojos se encendieron y las arrugas cubrieron su frente oscurecida como por nubes sucesivas. Tomó mi mano y la apretó fuertemente, pero se quedó silencioso. La idea borrascosa que sublevé en él, cayó en las profundidades misteriosas del alma, y su mirada bravía se desvaneció como esos relámpagos sin rayo que brillan y se apagan en un cielo negro. Al fin el noble labriego se acercó a la puerta marchando hacia atrás.

—Buenas noches y buen despertar, señor Suletino, —pronunció para marcharse soñador con la cabeza inclinada sobre el pecho y a paso grave y solemne .....

Era más de media noche cuando el señor de la casa me dejó para unirse a su mujer. El Vasco joven es fiel a la novia de su elección y, desde que el casamiento ha apretado los lazos formados por el amor, los esposos no se separan durante toda la vida, pasando del mismo lecho al mismo ataúd; costumbre conmovedora por su sencillez y que recuerda la fidelidad natural y la unión instintiva de ciertas especies de pájaros y otros animales. La tempestad continuaba aún, la lluvia caía a torrentes. Me instalé en las sábanas blanquísimas de mi cama, que conservaban perfume de pradera, y me dormí para soñar en insurrección, combates, libertad .....

Me despertó un canto matinal cuyos giros sonoros me anunciaban un aire vibrante y puro en la aurora de un hermoso día de primavera:

Jeiki, jeiki etxenkoak,  
Argia da zabala;  
Itxasotik mintzaten da  
Zillarrezko trumpeta  
Bai ta ere ikarutzen  
Olandesen ibarra.

Levantáos, gentes de la casa,  
El día luce en plena luz;  
Del Océano brota el son  
De la trompeta de plata  
Que hasta hace estremecer  
A la orilla landesa.

La voz se detuvo cuando abrí una ventana que daba al cercado de la casa. El día comenzaba a puntear y tuve alguna dificultad en reconocer a Shangarín que había cambiado de traje: una boína usada sujetaba largos cabellos recogidos por detrás; su pantalón ancho y su chaqueta de tela blanca estaban salpicados de barro; un enorme palo en la mano y calzado ferrado completaban la indumentaria nocturna del jefe contrabandista. Se ponía de manifiesto que Shangarín guiando la marcha de su banda a través. la tempestad, no había pasado la noche tan pacíficamente como yo. Después que cambiamos un agur amistoso, me dijo a media voz con tono reposado que anunciaba al hombre interiormente satisfecho:

—Ha tenido V. una buena cena y buen albergue, después de lo cual puede uno privarse de lo demás. Para nosotros la noche no ha sido amable y hemos visto otro fuego que no es el del cielo, *jarrayo!* ...

El guía agitó sus grandes ojos y bajó la cabeza para dar más expresión al juramento.

—Es igual, —siguió Shangarín tranquilamente—, todos mis fardos se hallan seguros y mis hombres se encuentran bien a excepción del hachero de ayer, que ha recibido una bala en lo alto de la frente. Por su culpa, ¡animal! ¿Por qué se encarnizaba como un toro sobre el pantalón rojo en vez de huir? Aunque el hachero hubiera caído muerto en el sitio, su jefe no le hubiera hecho oración fúnebre ...

—Los Cristinos no están ya—, continuó Shangarín en voz baja—; los unos se vuelven a Pamplona y El Pastor está en marcha con su columna hacia San Sebastián; el brigadier realista Saraga deberá hallarse en Vera esta noche o mañana por la mañana. El Larún se ve libre en este momento. Salid lo más pronto, pues tenemos que ponernos en marcha.

Sin esperar mi respuesta, el guja cruzó de prisa la valla del jardín y enderezó sus pasos hacia la ruta inmediata. Las casas laburdinas se parecen todas y presentan por fuera el mismo aspecto. Una puerta sobre puesta de emparrado daba entrada al jardín por el oriente; al lado, se elevaban colmenas protegidas por una techumbre. El

patio, puesto, según es usual, en la proximidad de las abejas, se resentía de la ausencia de las muchachas, y me pareció descuidado. El jardín, al contrario, perfectamente cultivado atestiguaba los cuidados de la dueña. En uno de sus ángulos verdeaba un laurel; los montañeses consideran aún este árbol como preservador del rayo. Los manzanos constituían el principal adorno del vergel y, sobre la talla de espinos bien tallados que formaba el cerco, los nísperos elevaban sus tallos de trecho en trecho. Más lejos se extendían los campos y diversos cultivos que completan el dominio patriarcal del Vasco, los aledaños de la casa, la *Echaldea* que el labriego tiene tanto esmero en conservar intacto y de transmitirlo en herencia a sus hijos.

Mientras me entregaba a esta inspección respirando desde un ventano el aire fresco matinal, Shangarín, de pie y apoyado en su palo, me esperaba en el camino inmóvil como una estatua. Pronto estuve vestido. El señor del dominio rural se había levantado dispuesto a acompañarme. En vez del ferrado bastón de níspero, arma inseparable del Vasco durante su juventud, tomó el Laburdino un palo largo de fresno blanco, cetro pacífico que los ancianos euskarianos llevaban en la mano durante las fiestas y diversiones públicas como símbolo de autoridad patriarcal. Se puso chanclos que realzaban su talla inclinada por la edad y se cubrió con la dalmática negra, *kapusailla* o *eskapila*, cuyo capuchón puntiagudo y alas caídas parecen haber servido de modelo al traje pintoresco de ciertas órdenes religiosas. He dicho ya que el cayado y la mitra de los Obispos cristianos, pastores del pueblo, imitan la gran curvatura y el tocado solar de los visionarios ibéricos, y que el traje primitivo de estos aborígenes se ha conservado en gran parte en los ticos ornamentos de los sacerdotes católicos.

El Viejo abordó a Shangarín tuteándole familiarmente y, a pesar de los, treinta años que contaba el jefe contrabandista, sus respuestas hechas en tono modesto y respetuoso eran testimonio de marcada deferencia; de tal modo el imperio de las costumbres nacionales eleva entre los Vascos el estado del labrador sobre todos los otros rindiendo veneración a la edad. El camino que seguíamos nos condujo al pie del monte Larún entre las aldeas francesas de Sara y Azkain. El anciano aminoró el paso como para invitar a Shangarín a adelantarse. Nuestra última conversación se deslizó acerca de la insurrección vasca. El lector me perdonará que cite los principales rasgos a favor de algunas exposiciones históricas.

—V. sabe como yo, señor Laburdino, que los Vascos remontan su origen al patriarca Aitor y que todo euskaro, todo soldado ilustre de la raza, todo hombre libre está reputado entre nosotros como noble e hijo de Aitor, *Aitoren seme*.

—Es cierto, —contestó.

—Le diré ahora que el nombre de Aitor es alegórico y significa padre universal, sublime, y fué imaginado por nuestros antecesores para recordar la nobleza original y la alta antigüedad de la raza euskariana.

—Nuestros antepasados, —dijo el Viejo—, fueron visionarios y letrados, teniendo una multitud de adivinos y profetas, y el *Agnus* brilló sobre ellos durante la edad primitiva. ¡Sus hijos caminan en la noche oscura; son pecadores! .....

Esta reflexión del Laburdino fué seguida de un instante de silencio.

—No ignora V., señor Laburdino, que nuestros abuelos repoblaron España, la Galia e Italia después del gran diluvio, como atina Humboldt, y que los patriarcas, al formar su república solar, improvisaron con la inspiración de Dios nuestra lengua *Euskara* en la cual cada sonido es armonía, cada palabra verdad; y que, en fin, los Vascos, distinguidos entre los pueblos de Occidente por el conocimiento de este Verbo divino, se llaman entre sí Euskarianos, *Eskualdun*, al mismo tiempo que dan el nombre de *erdara*, verbo imperfecto, medio lenguaje, a los dialectos mixtos, a las jergas tenebrosas de los pueblos extranjeros, sin exceptuar a las lenguas española y francesa.

—Todo eso es verdad—, repuso el anciano, cuya atención cada vez era más intensa.

—Tal vez habrá V. oído contar la invasión de los pueblos del Norte y de los Tártaros, que terminaron la edad de oro empezando para la humanidad la era de sangre y de tinieblas y el reinado del genio malo. La conquista de los Bárbaros desposeyó a nuestros antepasados de su hermoso territorio y volcó en toda la Iberia los robles de sus repúblicas federadas. El país de los Euskarianos, *Eskual-Erria*, que abrazaba primitivamente toda la Península Hispánica y una parte de las Galias, se restringió a las siete pequeñas regiones que los Vascos ocupan todavía hoy en los Pirineos Occidentales.

—Porque todo ello debía suceder—, replicó el fatalista montañés levantando hacia el cielo los dos brazos que dejaban colgar las anchas mangas de su dalmática.

—Diversos pueblos, tales como los Cartagineses, los Romanos,

los Godos y los Moros, han conquistado a su vez la España y, durante más de treinta siglos de combates, la federación euskariana, atrincherada en sus montañas, ha sabido defender contra las hordas bárbaras la independencia originaria de sus repúblicas, sus costumbres y leyes patriarcales, los dialectos de su lengua primitiva y la gloria de su antigua nacionalidad.

—También es cierto todo eso, —afirmó el Laburdino con un signo, extendiendo el brazo para golpear la tierra con su palo blanco; porque el Vasco no puede hablar sin gesticular, manifestándose al exterior la vivacidad de sus impresiones por la brillantez de voz y el juego continuo de una mímica expresiva que el movimiento de las pasiones convierte a menudo en teatral y pintoresco.

—Los Navarros y demás Vascos se hallan hoy en armas al otro lado de los Pirineos para defender contra los Imperialistas de Castilla sus nobles libertades y el individualismo de nuestra raza Primitiva y solar, bajo el mando de un jefe libremente elegido, Zumalacarrregui, y bajo la bandera nacional de un Señor y Rey, D. Carlos. Los Castellanos han hecho irrupción en la Vizcaya; el roble venerable, al pie del cual tenían lugar desde hace tres mil años las asambleas de la república, ha sido tronchado. En su lugar, los invasores han escrito en su nueva lengua esta inscripción digna de los Bárbaros: AQUI FUE GUERNIKA.

—¿Será verdad?

—No habéis olvidado, sin duda, que Laburdi hasta la revolución francesa del 89 era una de las repúblicas de la federación euskariana. ¿Quiere decirme dónde se halló situado el roble de Ustaritz, porque no he visto inscripción que indique el lugar donde los ancianos de esta región se congregaban en la primavera para formar la asamblea augusta del *Bilzar*? Nuestro país es una ruina viva. Todo pueblo que renuncie a su nombre está borrado de la historia y arrastra el destino de los vencidos. Un siglo más y los aldeanos libres de Laburdi, que se titulaban con orgullo señores nobles de sus casas, no serán sino caseros y siervos de los hombres de finanza que trabajan sordamente en la usurpación social bajo la capa de la justicia, siendo más peligrosos que los antiguos Bárbaros cuya hacha feudal vino otrora a quebrarse contra nuestras peñas.

El Laburdino caminaba con paso desigual que denunciaba la agitación de sus pensamientos; su cabeza se movía de un lado a otro con la capucha terminada en punta y, cada vez, lanzaba sobre mí miradas bravías. Se acercó a mí.

—Agustín—, —llamó con voz concentrada inclinándose a mi oído que caldeaba con su aliento—; lo que acabas de decir lo pensé yo hace tiempo, pero el día en que esta triste luz haya brillado para todos los espíritus, será mejor llevar en el País Vasco una boina de aldeano que un sombrero de elector burgués.

—¿Qué dice V.? La clase de hombres de que hablábamos hace un momento tiene para ella la ley que ella misma ha hecho secundada por los que arrastran sables comprados por su oro y bayonetas cien veces más numerosas de lo que hace falta para exterminarnos en Francia.

—¿Aquí bayonetas?, —preguntó el montañés irguiéndose como un viejo ciervo perseguido por los perros.

En vez de contestarle, le di un golpecito en la espalda y tendí la mano. Mi gesto silencioso le indicaba una casa solitaria de Sara, cuya entrada acababa de abrirse al sol naciente. En el umbral de la morada laburdina se mostraba de pie un soldado francés que era reconocido desde lejos a causa de su pantalón claro. Al mismo instante una nube vaporosa veló el sol a medias y extendió sobre las colinas una sombra de tristeza.

No vacilo en confiar al lector nuestras conversaciones. Nuestros pequeños aires de conspiradores le parecerán de lo más inocentes. Este patriotismo exclusivo al cual el carácter vasco debe toda su poesía, parecerá muy estrecho a los sublimes genios de la prensa actual, los cuales desde hace mucho tiempo olvidaron su aldea natal y cuya patria se extiende tan lejos como sus vastas concepciones y sus magníficas teorías gubernamentales. ¡Esos políticos franceses tendrán lástima de nuestro anhelo de libertad y de nuestros votos de nacionalidad en lo futuro!

Perdonaré al lector de explicarle el adiós cambiado con el Laburdino. En cuanto el bravo hombre volvió la espalda, le seguí con la vista durante algunos instantes. Sus piernas adelgazadas se cubrían con medias de lana parda cuya bordura se alargaba al caer sobre los chanclos, como en el indumento gótico que se ve al pie de la columna trajana. El corte del traje tenía algo de monumental. He visto muchas veces durante el invierno en lo alto de las colinas tapizadas de nieve hacer su aparición a un Vasco cubierto con dalmática, semejante a un negro fantasma, y descender gravemente la cabeza y las orejas envueltas en capuchón triangular, sin dejar ver más que su nariz aguileña, los ojos brillantes y su barba velluda. Siempre me llamó la atención el aire austero del montañés y su andar imponente.

## IV

## EL LARUN

Me uní con el guía al pie del monte Larún en momentos en que aquél pateaba de impaciencia diciendo:

—Le creía a V. con cierta inclinación a conversar con las jóvenes, pero no hubiera jamás sospechado que la chavola de un viejo aldeano tuviera tanto encanto para V.

—El motivo de nuestro diálogo le hubiera interesado, Shangarín, porque hablábamos de abolir la aduana en estas fronteras.

—Muy bien, pero en tanto que ese hermoso proyecto se cumpla, le advierto que los aduaneros acaban de salir corriendo de Sara y suben en este momento por el Larún del lado de la aldea con la intención de cortarnos el paso. Hemos sido percibidos. Supongo que no tendrá V. ningún deseo de ser interrogado, registrado, confrontado y después conducido muy cortesmente a Bayona entre dos gendarmes. De modo que ¡buen pie y buena vista!: llevamos sobre esos lebreles diez minutos de ventaja y no se trata sino de correr.

Y corríamos. La liza era dura, pero llegamos los primeros a la cumbre y los aduaneros tuvieron que volver sobre sus pasos abandonando la caza. Un águila agarrada a una peña del Larún hizo oír su grito salvaje tendiendo el vuelo a nuestra proximidad. La noble ave trazó una curva que se alargaba a cada vuelta para después terminar rápidamente su ascensión. Tal fué el vuelo de tu gloria, ¡oh Zumalacarregui!, hasta el día en que la flecha te hirió en el cielo donde planeabas.

Yo quería correr de un tirón hasta Vera, pero Shangarín me detuvo:

—¡No tan de prisa! Los Cristinos están quizás en el pueblo; además, los peseteros no tienen nunca prisa en marcharse y, aunque no quedaran más que algunos en las tabernas, le pondrían a V. desnudo como un gusano y le harían sentir la punta de sus cuchillos. Esperad aquí a que yo vuelva.

El consejo era persuasivo y no vacilé, en seguirlo. El guía salió para Vera.

El Larún domina un extenso paisaje, tal vez el más hermoso de los Pirineos Occidentales, tan ricos en panoramas pintorescos. Al mediodía, la Navarra peninsular, cuyos valles se suceden huyendo hasta el Ebro; al norte, las tres provincias de la Vasconia francesa,

Bayona, Pau, las Landas; al oriente, la cadena de los Pirineos cuyas cimas gigantescas, semejantes a Titanes, se elevan y se aglomeran por millares como para escalar el cielo; al oeste, las costas escarpadas del golfo de Vizcaya y la inmensidad del Océano. La claridad de un bello día me dejaba percibir a pesar de la distancia el lejano puerto de Bilbao y distinguía, siguiendo el litoral, Guetaria, San Sebastián, Pasajes, Fuenterrabía y la isla de los Faisanes, llamada isla de la Conferencia desde el famoso tratado de los Pirineos al que van unidos los nombres de Luis de Haro y Mazarino y la entrevista de los reyes en ocasión del casamiento de Luis XIV con la infanta Ana de Austria. Veía correr el Bidasoa al salir de Navarra hacia el golfo y separar de Guipúzcoa el territorio laburdino. Ese río sirve de límite a los dos reinos de Francia y España. Tenía a mis pies el Laburdi que acababa de cruzar y cuyas treinta parroquias podría contar. Hendaya y Ustariz me recordaban dos épocas bien distintas de la historia de los Vascos cispirenaicos, sus guerras contra los Francos y sus expediciones marítimas.

Hacia un siglo que España era presa de los Visigodos. Atanagildo y Agila se disputaban la corona cuando los Vascones conquistaron Alava a los Bárbaros y poblaron esa comarca de sus colonias. Belisario volcó la monarquía creada en la costa de Africa por los Vándalos fugitivos y Liberio restablecía a los Romanos en Andalucía. Los Euskaros saludaron desde lo alto de los Pirineos el regreso de sus antiguos aliados. Las victorias de Belisario y de Narses y las leyes de Justiniano dieron al imperio un brillo pasajero. Los Visigodos, amenazados por todas partes, convocaron una asamblea general en Córdoba y proclamaron por rey a Leovigildo, que fué el Carlomagno de esos Bárbaros, Los Suevos, amos de Asturias y Galicia, habían recobrado su independencia. Leovigildo los avasalló, venció a los Imperiales de Andalucía y, llevando la guerra a los Vascos de Alava, les obligó después de veinte batallas a elegir entre la servidumbre y el destierro. Una colonia de Vascones emigrantes franqueó los Pirineos y se estableció en la Navarra ultrapirenaica, cuyas lomas se suceden sombreadas por brezos entre las dos lindas regiones de Zuberoa y Laburdi.

El abate Biclar transmite en su crónica un pequeño incidente que puede dar idea de la religión de los Vascos en aquella época. La fama había publicado en Alava las amenazas de Leovigildo, y el senado de la región se trasladó a Amaya. Un anciano, cubierto con piel de lobo, se presentó en la asamblea, la cual reconoció en él

a San Emiliano que, de pastor se había hecho ermitaño para asombrar con las austeridades de su penitencia. El viejo solitario, apoyado en su largo cayado, se paró ante el roble del consejo. Su aparición inesperada elevó en el *Bilzar* un murmullo de sorpresa y curiosidad. La frente calva del ermitaño se hallaba llena de las arrugas de todo un siglo; su barba blanca como la nieve le caía hasta cintura; el sueño de la bondad parecía haber cerrado sus ojos, sobre los cuales resbalara la inspiración. El silencio se hizo profundo. Emiliano iba a hablar. Tal vez trajera el santo desde la llanura alguna noticia que interesara a la libertad de los Alaveses; quizás, inspirado por el cielo, revelara los proyectos de Leovigildo. Nada de eso, porque San Emiliano acudía hacia los jefes Vascones a acusarles de sus pecados y de la ley que permitía a los sacerdotes de la Vizcaya conservar una *barragana*, una camarera, *gelari*.

Los junteros alaveses se burlaron del sermón y riéronse a las narices del santo varón. Andeka, uno de ellos, invitó bruscamente a Emiliano a retirarse diciéndole que la gran edad había debilitado su razón. El ermitaño, encolerizado, golpeó violentamente la tierra con su bastón, levantó la cabeza con altivez y mostró encendidos sus ojos.

—¡Anatema!, —exclamó el servidor de Dios con voz terrible que hizo ondularse la barba blanca.

Andeka palideció ante ese grito y, tambaleándose como herido por un rayo, cayó muerto ..... Tal es el relato de los crédulos de leyendas.

Los Alaveses se señalaron por una defensa heroica, pero la victoria traicionó los esfuerzos de los Vascones. Irún, cuyas ruinas ocupan un amplio circuito en Alava; Gazteiz, hoy Vitoria; Cantabriaga, edificado en una colina frente a Logroño; Amaya y otros pueblos menos considerables, fueron incendiados por los Bárbaros. Pero a medida que el vencedor iba edificando de prisa una fortaleza al pie del monte Gorbeyo, los Vascos iban abandonando Alava y cruzando los Pirineos para descender en masa a la antigua Novempopulania, seguidos de sus mujeres.

¡Qué espectáculo el de una población desesperada que marcha al destierro, más terrible que la derrota, afilando las armas con que deberá afrontar otros combates para conquistar su nueva patria! Los historiadores fijan en el año 581 de *Cristo* el establecimiento de los Alaveses en la Navarra septentrional, entre Zuberoa y Laburdi. De esta época datan las primeras invasiones de los Vascones cispi-

renaicos en la Novempopulania, sometida a los Francos. El rey Chilperico envió contra ellos al general Bladaste. El obispo e historiador Gregorio de Tours, que no se presenta siempre tan avaro en detalles, dice muy lacónicamente que el duque volvió herido después de haber perdido la batalla y los dos tercios de su ejército.

El Franco y el Vascón, dignos rivales el uno del otro, libraron durante los años siguientes más de un combate encarnizado. El Bárbaro tenía talla de gigante; el Euskariano su agilidad, su vigor. El primero lanzaba de lejos sus mortíferos arpones; el segundo, las javalinas romanas; los dos usaban broquel redondo como arma defensiva. El Franco arrojaba a través la refriega su hacha de hierro con mango corto; la del Euskaro, más corta, era de bronce y caía rara vez de su valiente mano. El Vascón manejaba con destreza el sable ibérico, puntiagudo, ancho y de dos filos, que los Romanos adoptaron para vencer a los Galos y conquistar al mundo; el *ganibet*, especie de cuchillo de caza o de puñal sujeto al cinto por una vaina, completaba la armadura del Vascón y venía a constituir el último recurso de su coraje para desembarazarse del Bárbaro en lucha cuerpo a cuerpo. El montañés combatía vestido a la manera de sus antepasados: camisa de anchas mangas y brillantes corchetes; capa redonda sobre la espalda y desnuda la cabeza de cabellos flotantes. Cantos guerreros acompañaban su marcha rápida, y sus ruidosos clamores sembraban el espanto, precursor de la muerte.

Los Vascos en la primavera del año 600 acabaron de conquistar la Novempopulania y pusieron una guarnición en Burdeos. «Hacer una batida o caza general; matar indistintamente a los animales domésticos o a los salvajes y suspender sus despojos en las ramas de los árboles; entregarse durante varios días a alegres festines en que bailaban los guerreros y cantaban los bardos; plantar en cada poblado el roble de la libertad, tal era entre los Euskarianos la manera de tomar posesión de una conquista» (Mayerne Turquet).

Los reyes Teodoberto y Teodebaldo hicieron contra los Vascos dos campanas consecutivas y la guerra terminó por un tratado de paz que cedía a éstos las provincias conquistadas con la condición de que recibieran de los reyes francos un duque o señor para gobernarles, pero sin tributo. El primer duque de los Vascos fué Genialis, y a su muerte el rey Clotario envió para sucederle un señor llamado Aginan, que fué vergonzosamente echado por los euzkos para ser proclamado un jefe de su raza, recobrando así la independencia en jaque.

El ducado de Vasconia fué comprendido nominalmente en el reino de Aquitania, erigido en favor del joven Cariberto para compensarle de la parte que su hermano Dagoberto le usurpó en la herencia paterna. El rey de Toulouse, bien ajeno a armar contra él la independencia de los Vascones, buscó el apoyo de los montañeses y la alianza de su jefe Amando, con cuya hija Gisela casó, que era ya célebre por su belleza aunque tan sólo contaba quince años. El autor de la Vida de Santa Rictrudis nos comunica que los señores aquitanos iban a terminar su educación y a formarse en el manejo de las armas a la escuela de los belicosos Vascones. Varios de ellos se casaron con jóvenes vascas imitando con ello a su rey.

Escuchemos al ingenuo cronista: «Aldabaldo, favorito de Cariberto, se casó con Santa Rictrudis, hija de Lucía y Arnaud, de la raza de los Vascones. Este joven señor estaba dotado de todas las ventajas de la fortuna y de las más bellas cualidades del alma, cultivadas por una educación esmerada. Se le comparaba al rey por su buen aspecto, y los encantos de Rictrudis cedían apenas a la gran hermosura de Gisela. Asuntos de familia obligaron a Aldabaldo a realizar un viaje a Aquitania poco después de su matrimonio. ¡Joven esposa, qué esfuerzos hiciste en vano para retenerle! ¡Cuán conmovedora tu despedida cuando, alarmada por negros presagios y los ojos anegados en lágrimas, no se podía separar de tus brazos! ¡Agobiada por una visión fúnebre le creíste ya tendido en un camino desierto, ensangrentado y atravesado de heridas! Pero se fué.....; cayó lejos de ti, víctima del hierro asesino..... Entonces para quedar sola con tu dolor, buscaste la sombra y soledad de un claustro, y el venerable Obispo de Utrecht, al sujetar el velo en tu frente, poco ha deslumbrante de alegría y de amor, no pudo negar una lágrima a tu infortunio».

El reino de Aquitania, formado de las provincias comprendidas entre el Garona y el Loira, estaba habitado por catorce pueblos célticos cuya independencia hacía sombra a los Francos. Dagoberto atrajo hacia su corte al rey de Toulouse y le hizo envenenar con Chilperico, su hijo mayor. La reina Gisela se refugió en la casa de su padre llevando en brazos a Boggis y Bertrand, últimos frutos de su himeneo. El duque de los Vascones presentó esos dos jóvenes príncipes a la asamblea de sus guerreros, y los montañeses juraron sobre el hacha de armas hacerles restituir la corona. Dagoberto les envió en este intervalo un gobernador, el cual fué quemado vivo, e hicieron una incursión hacia el Loira. Dagoberto reúne en seguida

todas sus tropas de Borgoña y las pone al mando de Radoin o Chadoin, generalísimo bajo el cual once duques mandaban cada uno un cuerpo de ejército. El monje de San Gall transmite que el ejército francés tenía, además, una infinidad de condes y señores aventureros en sus filas. Los Vascones salieron al encuentro de los Francos llevando a su cabeza al viejo duque Amando, y perdieron una batalla. Chadoin persiguió con ardor este primer éxito y, arrasando todo a hierro y fuego, según la expresión de un cronista, avanzó hasta el límite del ducado de los Vascones en el valle de Zuberoa. Ahí los montañeses se habían unido y volvieron al combate con nueva furia para obtener una de las más brillantes victorias que hayan señalado contra los Francos el valor de los Vascos cispirenaicos.

Sabían los Bárbaros admirar el heroísmo y respetar la decisión de los combates. Dagoberto propuso la paz y el duque Amando condujo a Clichy a los jefes de los Vascones, quienes se negaron a presentarse ante Dagoberto en medio de su corte, y se dirigieron directamente a la iglesia de Saint-Denis donde de una y otra parte fué jurada una paz que garantizaba la completa independencia de los Vascos dentro de los límites de su ducado y restituía la Aquitania a los hijos de Cariberto en virtud, es cierto, de feudo procedente de la corona de Francia. Aquí los débiles fulgores de las crónicas se apagan en la profunda noche que envuelve a la historia de los reyes holgazanes (9).

No haré sino indicar la caída de la monarquía visigótica bajo Roderico y la conquista rápida de España por los Arabes-Moros. El mismo estandarte' reunió en la batalla de Tours a dos jefes y dos pueblos rivales: los Aquitanos y los Francos; Eudes y Martel. El rey de Aquitania murió en Toulouse al mismo tiempo que Pelayo en Asturias. Tuvo por sucesor a su hijo Hunaldo. El exterminio de la familia de Cariberto y la conquista de Aquitania parecían haber constituido el pensamiento capital de la política de los Carlovingios. Los Vascos fueron casi los únicos combatientes que tomaron parte en estas luchas gigantescas y los que defendieron contra los Francos la nacionalidad de Aquitania y el trono de Cariberto, del cual los montañeses hicieron el baluarte de su independencia. Pero la for-

---

(9) Amando muere. Los Vascones proclaman a Lupo I (Lupus o López, llamado *Ochoa* en la lengua de los montañeses). El sucesor de Lupo I fué Eudón o Eudes, nieto de Cariberto, que subió al trono de Toulouse a la muerte de su padre Boggis y transmitió el título de duque de Vasconia a su hijo Reminstain. (Nota del Autor).

tuna adoptó a los Carlovingios y desertó de la bandera meridional. ¿Cómo podía el heroísmo aislado de los Vascones haber servido de dique al torrente de los Bárbaros guiado por conquistadores como Martel, Pipino y Carlomagno, el Bonaparte de los antiguos Teutones?

Los Vascos, tras el fin trágico de su duque Remistain, y el de Lupo II, proclamaron a Lupo III, nieto de Waifaro, último de los reyes merovingios de Toulouse. El joven duque se había nutrido, con el jugo lácteo de su madre Adela, del odio más ardiente contra los Carlovingios, y los Vascones no respiraban sino venganza. La expedición de Carlomagno a España les ofreció la más bella ocasión de que supieron aprovecharse: hablo de la jornada de Roncesvalles. Algunos escritores franceses colocan esta batalla en el rango de las fábulas y la abandonan a los romanceros del siglo trece. Sin duda, la vanidad nacional es perdonable cuando no tiene nada de pueril, pero no hay que llevarla hasta el ridículo y el absurdo, como lo han hecho esos críticos oscureciendo el testimonio de los cronistas y poetas contemporáneos. Los Euskarianos no escribieron nunca su historia, ¡y es curiosa leer la que sus enemigos les han hecho!..... Por no citar aquí más que la victoria de Roncesvalles, ¿no se atribuyen esa gloria los Gascones del Garona y los Castellanos del Duero? ¡Es lástima que esta batalla, ganada por los Vascos cispirenaicos y sus hermanos de la Navarra peninsular, haya tenido por escenario el valle de Roncesvalles, tan lejos de los Castellanos y de los Gascones en una época en que esos pueblos no existían aún!

El secretario Eginardo, a quien se presume haber escrito sus anales bajo el dictado de Carlomagno, comunica que toda la retaguardia del ejército francés *perció hasta el último hombre* bajo el hacha de los Vascones. Sesenta años después, los cronistas franceses se dispensan de citar los nombres de los cortesanos que hallaron la muerte en esta batalla diciendo que la fama los había ya publicado bastante en Europa. Entre ellos estaba Egiberto, gran maestre de la casa del rey, y Anselmo, conde del Palacio. El famoso Rolando, conde de Angers, terminó en Roncesvalles su carrera caballeresca.

La tradición fabulosa hace saber que un Vascón, tras vanos esfuerzos por afianzar su armadura, arrojó su hacha de armas, cogió al paladín cuerpo a cuerpo y, como otro Hércules, ahogó entre sus brazos a ese nuevo Anteo. Los romanceros franceses describen a Rolando sobreviviendo a la matanza de sus compañeros y de Olivier, que había caído a su lado, y nadando en sangre, lleno de heridas, tocando con desesperación su cuerno encantado cuyo son infernal,

rechazado por el eco, hizo temblar a Carlomagno fugitivo por las planicies de la Novempopulania.

La piedad de los Navarros elevó la capilla de Roncesvalles, donde las cenizas de los caballeros franceses reposan en tumbas subterráneas. Los montañeses eligieron para sepultura de los guerreros más vulgares un terreno particular en que se entierra aún a los forasteros que fallecen al pasar el valle. Los Navarros enseñan después de diez siglos al crédulo viajero las verdaderas botas y la espada auténtica de Rolando. Trofeos menos sospechosos son las enormes osamentas recogidas en el espacioso llano que sirve de entrada al de Valcarlos y que más de una vez el capellán de Roncesvalles vendió a peso de oro a los peregrinos de Francia como monumento curioso y prueba de la alta estatura de sus antepasados los Bárbaros.

El monje de Saint-Fleurs declara que la derrota de Roncesvalles oscureció en el corazón de Carlomagno toda la alegría de sus precedentes victorias; rechazaba aquel recuerdo con amargura; y cuando los Pirineos y la España ofrecían el más bello teatro a sus armas, se le vió llevar sus furores a oscuras y frías comarcas, mereciendo por sus inauditos trabajos contra los Sajones los odiosos títulos de conquistador fanático y de convertidor sanguinario. Carlomagno, al restablecer el reinado de Aquitania en favor de su hijo Luis el Piadoso, parece haber tenido por finalidad oponer una barrera a la propaganda federal y a la independencia de los Vascones. El rey de Aquitania afrontó de nuevo la pelea a la cabeza de las tropas más aguerridas de todo el imperio germánico. Esta última guerra duró diez años y fué atroz; los prisioneros hechos de una u otra parte eran degollados o quemados vivos, Adalrico, hijo de Lupa III, murió combatiendo; después Centulio, después Semeno, luego Garcimiro, Centulio-Lupo y Aznar, consecutivamente proclamados duques de los Vascones. Un último brote de Cariberto y de Gisela, huyendo tras la persecución de los Carlovingios, se refugió en la Vasconia peninsular; más tarde, los montañeses le hicieron rey para marchar con él contra el califa de Córdoba y los Arabes-Moros.

Los Vascos cispirenaicos, abandonando al feudalismo francés las provincias de Bigorre y Bearn, se atrincheraron definitivamente en sus límites actuales de Zuberoa, Benabarre y Laburdi, hacia el año 835: Pipino II, rey de Aquitania, ensayó imponerles gobernadores, pero los degollaban a todos; de suerte que, dice el cronista no se encontró señor francés bastante atrevido para aceptar aquel puesto peligroso, y fué preciso que los Bárbaros dejaran al indo-

mable Euskariano gozar a la sombra del roble patriarcal y de sus peñas tutelares los placeres divinos de la libertad (10).

Los Vascos peninsulares dan a los de Francia el nombre de *Ultra-puertos* (3) (ultramontanos), llamándoles aún *Auchak* (Auscianos), de Auch o Elusaberri, una de las más florecientes ciudades del antiguo ducado de Vasconia. Se encuentran en las colmas de la Novempopulania torrecillas en ruinas, telégrafos nocturnos que servían a los montañeses para comunicarse de lejos sus señales por el fuego, Estas alturas ofrecen también campamentos circulares, particulares a la nación, elevados en declive y sobrepuestos por un parapeto sin presentar ninguna salida ni abertura; pero los ágiles hijos de la montaña no tenían dificultad en franquearlos. Podían contener de unos mil a mil doscientos guerreros combatientes. Es ahí donde los Vascones durante sus incursiones guerreras pasaban las noches con sus mujeres e hijos al abrigo de toda sorpresa. Estas fortificaciones no han perdido solidez; las lluvias, los terraplenes tan frecuentes en estos lugares desiertos, y un abandono de diez siglos, no han podido desunir la tierra que constituyó su cimiento; porque hasta los monumentos más sencillos la mano poderosa y mágica del pueblo aborigen ha sabido imprimir un sello indestructible de dureza e inmortalidad.

Los Vascos cispirenaicos tomaron parte gloriosa en las guerras de la federación contra los Arabes-Moros hasta el siglo trece. Con la paz comienzan las piraterías de los Laburdinos, que recibieron el nombre de Lobos de mar. Hacía falta la audacia natural del Vasco y su genio emprendedor para meditar expediciones marítimas en la orilla del golfo más tempestuoso de todo el Océano. La ballena era

---

(10) Los Vascos de Zuberoa vivieron hasta la revolución del 39 bajo el imperio de un Fuero o Derecho escrito en el reinado de Francisco I. Esta recopilación de leyes y costumbres conservadas por la pequeña república de los Suletinos empieza así: «Por un uso de alta antigüedad los nativos y habitantes de esta tierra de Zuberoa son de origen libre y franco sin tacha de servidumbre; nadie tiene derecho sobre sus personas o sobre sus bienes. Los Suletinos llevan armas en todo tiempo para defensa de su país situado a la extremidad de Francia entre los reinos de Navarra y Aragón y el país de Bearn. Pueden cuantas veces quieran reunirse para tratar de asuntos comunes, establecer los estatutos y reglamentos que juzgaran útiles, y sus convenciones tendrán fuerza de ley: los burgos y barriadas deberán someterse. El derecho de caza y pesca es común a todos los habitantes del país de Zuberoa, etc., Los Estados de Zuberoa, celebrados anualmente, se dividían en dos cámaras. M. Faget de Beaure prueba que la idea fundamental de la constitución inglesa fué tomada de los Vascones por sus insulares, durante mucho tiempo dueños de la Guiena. (Nota del Autor).

frecuente en esa época por las costas vascas. El Vasco percibió de lo alto de sus rocas al enorme cetáceo y corrió a forjar el arpón que debía atravesar a la reina de los mares. Los Laburdinos siguieron a la ballena hasta el estrecho de Dawis, haciendo al mismo tiempo la pesca del bacalao sobre los bancos de Terranova.

Hoy, los Vascos no tienen ya marina, y varias aldeas de Laburdi, florecientes antes, caen en ruinas. «¿Qué ha sido de los habitantes de ese lugar?», decía un viajero a un anciano de Hendaya sentado en cuclillas sobre la hierba de algunos escombros. «Los unos murieron». repuso el laburdino levantándose; «otros emigraron y la mayoría fueron decimados por la guerra.....; los demás se hallan sepultados en el gran campo (*alor andia*) que está detrás de la iglesia». «¿Qué campo?», preguntó el interlocutor. El Vasco miró fijamente al hombre frívolo que no le había comprendido, y salió haciendo con el brazo un gesto solemne: ¡ese gesto señalaba al Océano!.....

*(Continuará)*